

THÉMATA. REVISTA DE FILOSOFÍA. Núm. 39, 2007.

EL GÉNERO DE LA MEMORIA

Montserrat Huguet. Universidad Carlos III. Madrid

Resumen: En el tránsito de los siglos XVIII al XIX, cuando se da forma a la distinción de las esferas pública y privada. La separación entre ambas, especialmente en el plano de las costumbres, permite construir una ética de lo privado que intenta abandonar los usos del Antiguo Régimen. La utopía liberal propone un ámbito privado en el que las mujeres se ofrecen a la custodia y el cuidado de las personas con las que conviven. La abnegación como valor supremo infunde al sujeto femenino una cualidad única en la historia, que constituye la base de una organización burguesa armoniosa y, técnicamente, igualitaria. La esencia de la sociedad propuesta es la negación del conflicto y en consecuencia la propensión al orden y la estabilidad.

Abstract: It is in the transit of centuries XVIII to the XIX when occurs the distinction of the private and public spheres. The difference between both, specially about the rules and customs, allows to construct an ethics of the private thing that tries to forget the uses of Antien Régime. The liberal utopia proposes a deprived scope in which women offer themselves to the safekeeping and the care of the people with whom they coexist. The self-denial as supreme value gives to the feminine subject a unique quality in the history that constitutes the base on which to build a harmonious and technically egalitarian bourgeois organization. The essence of the two proposed spheres is the negation of the conflict and consequently: the birth of an ordered and quiet society.

1. Heroínas de andar por casa.

Es en la aproximación al tiempo contemporáneo, tránsito de los siglos XVIII al XIX, cuando se da forma a la utopía liberal de las esferas pública y privada. La separación entre ambas, especialmente en el plano de las costumbres, permite construir una ética de lo privado que intenta abandonar los usos del Antiguo Régimen¹. En la sociedad tradicional no existe la doble esfera, de ahí que se los campos de los intereses y de las emociones se acoplen evitando recelos inútiles.

La utopía liberal propone un ámbito privado en el que las mujeres se ofrecen primordialmente a la custodia y el cuidado de las personas con las que conviven. La abnegación como valor supremo infunde al sujeto femenino una cualidad única en la historia, que constituye la base de una organización burguesa armoniosa y, técnicamente, igualitaria. La esencia de la organización propuesta es la negación del conflicto y en consecuencia la propensión al orden y la estabilidad.

Entretanto, el sujeto masculino se desenvuelve, mejor que nunca, en solitario en el espacio público. Allí su actuación es libre y plenamente activa; es además, a diferencia de la de las mujeres en el seno de la sociedad privada², cuantificable, mensurable en términos económicos, de producción y de productividad, de logros; merecedora de reconocimiento y recompensa.

Paralelamente a la consagración de esta dicotomía conceptual y funcional, la revolución, ejercicio supremo del cambio histórico allá donde los haya, propone un estado de conflicto que incita a la fusión de las esferas pública y privada. La identidad del sujeto femenino en el seno de la burguesía ascendente en el Antiguo Régimen ve quebrarse los principios que le dan forma a causa de una subversión del orden social que reclama a las mujeres responsabilizarse también de ciertos intereses materiales afectos a la vida pública.

El sentido común que se estaba edificando en torno a la familia se ve sustancialmente alterado por la adquisición de ciertas conciencias: la de individuo, en primer término, y a continuación la de género. Si el ser genérico de la condición femenina

¹ Gómez Ferrer, G.: *Mujeres y hombres en la formación del pensamiento occidental II*. Madrid, Universidad Autónoma, 1989. Col. Seminario de Estudios de la Mujer, n° 15.

² Folguera, P.: "Historia, espacio privado y género" en *Ciudad y Mujer*. Actas del Curso de Urbanismo y Mujer. Nuevas Visiones del espacio público y privado. Consejo Superior de Colegios de Arquitectos de España. Madrid. 1996. Pp 319-329.

burguesa en el tránsito del Antiguo Régimen se ahorraba en torno a la función de entrega al otro, las revoluciones empujan a la mujer a identificarse ante sí misma, y más tarde ante los demás, en tanto sujeto histórico³. La mujer irá descubriendo paulatinamente, no sin merma –a cuenta de las resistencias de la historia- de una quiebra en su salud física y psíquica, su cualidad personal, su función cívica y su responsabilidad en el común (¿pueblo, nación, sociedad de masas, sociedad democrática?).

Como en el resto de los sujetos históricos que se incorporan al discurso contemporáneo, el tránsito hacia la conciencia moderna⁴ en las mujeres es traumático, está recorrido por la condición de las identidades jóvenes e indecisas, así como por la prueba cotidiana de que hay problemas que el tiempo de la historia no está hecho para resolver aún⁵.

En la narración que las mujeres hacen de sí mismas está presente el recurso a la autodestrucción, la tentación continua a ponerse al frente de cargas personales desmesuradas, tareas que les permitan purgar el pecado del “ser para sí”, omnipresente a juicio de los hombres en su pensamiento cotidiano; un pensamiento ancestral y soterrado, ajeno a la moderna moral burguesa, alentado por la tendencia de las costumbres a perdurar por encima de la voluntad de cambio inherente a la condición humana.

De alguna forma imprecisa aunque innegable, también las mujeres –el arte y la literatura lo reflejan⁶- vislumbran al héroe romántico y le dan forma en el desconcielo y la oscuridad de sus “yoes” respectivos. Hay en las heroínas románticas⁷ un agravio comparativo en relación con los varones que dan voz al personaje público. Ellas, creadoras incluso de héroes varones a los que prestan su voz⁸, aceptan con resignación inimaginable en un hombre, la opacidad de sus discursos. Si el suicidio es para ellos un recurso airoso, glorioso incluso, ellas en cambio lo observan como una liberación. Los hombres del romanticismo europeo tienen la obligación de abrazar de nuevo el orden, las mujeres que van rompiendo los tabúes, carecen de ella. Solo se les permite desaparecer, desaparecer para espiar su culpa y obtener el perdón⁹.

³ Gómez Ferrer, G.: “Hacia una redefinición de la identidad femenina: las primeras décadas del siglo XX”. *Cuadernos de Historia de la Filosofía Contemporánea*, nº 26, 2004, pp. 9-22.

⁴ Espigado, G.: “Mujeres y Ciudadanía. Del Antiguo Régimen a la Revolución Liberal” Seminario, Universidad Autónoma de Barcelona, DEBATS, 2006. Aborda la cuestión del vínculo de las mujeres españolas con el primer liberalismo a comienzos del siglo XIX. La referencia comparativa a la experiencia de las mujeres anglosajonas embarra con frecuencia la de las latinas y en concreto las españolas, tendentes a reivindicaciones de naturaleza social antes que política. Su discurso vindicativo ha sido siempre más vinculado a necesidades propias del ámbito privado que al público: la alimentación, la salud, la higiene, trabajo, vivienda... El liberalismo, desde la óptica de estas mujeres adquiere dimensiones alternativas a la expresión del voto. La faceta social del liberalismo fue en buena medida expresada en los foros de mujeres. Ver NIELFA, G.: “La revolución liberal desde la perspectiva de género” en GÓMEZ-FERRER, G. (Coord): *Las relaciones de género*, REV. AYER, Nº17, 1993. Pp. 103-120.

⁵ Nash, M.: *Mujeres en el mundo. Historia, retos y movimientos*, Barcelona, Alianza Editorial, 2004. En los primeros capítulos del libro la autora analiza la construcción de la “domesticidad” del ámbito femenino en la Europa y Norteamérica del siglo XIX, en paralelo a la de la modernidad; las resistencias, las luchas y la construcción de los feminismos, movimientos heterogéneos.

⁶ Wollstonecraft, M: *Vindicación de los Derechos de la Mujer (1792)*, Barcelona, Cátedra, 1994. Isabel BURDIEL, editora.

⁷ Kirpatrick, S.: *Las románticas. Escritoras y subjetividad en España 1835-1850*, Madrid, Cátedra, 1991.

⁸ Shelley, M.: *Frankenstein o El moderno Prometeo*; edición de Isabel BURDIEL, Madrid, Cátedra, 1996 Colección Letras Universales.

Mary Shelley escribió a los 18 años la novela *Frankenstein* (1818), que la hizo famosa y con la que se inicia el género de ciencia-ficción. Su estructura, de cajas chinas, responde al género epistolar tan de moda en el siglo XVIII. La imaginación y la razón, la emoción y el intelecto, la instrucción y la necesidad de independencia, son extremos recurrentes. La autora aborda el problema de la formación de la personalidad del individuo. *Frankenstein o El moderno Prometeo*; edición de Isabel Burdiel; Madrid, Cátedra, 1996 Colección Letras Universales.

⁹ Sue, uno de los dos personajes femeninos que Thomas Hardy describe en *Jude el Oscuro* (1895), es un ser atormentado por la contradicción que ella misma ha propuesto a su vida. Evita el matrimonio y convive con el hombre que ama en voluntarioso adulterio; para colmo vive de su esfuerzo personal, de su actividad artística. Pero fracasa, finalmente reniega de su aventura y vuelve al redil de ámbito privado. Dios la ha castigado, sus hijos han muerto por su afán rebelde. Ella es inmaterial y valiente. ¿Son estas cualidades insuficientes para sobrevivir? Ciertamente, Hardy es un autor pesimista, pero con todo, su

A veces la desaparición no es opcional, sino una imposición inesperada. La vida puede colapsarse de forma prematura. Las mujeres románticas lo saben bien. Su aspecto, pálido y ojoso se alía con la enfermedad de moda, la tuberculosis, para conducir las por un viaje retorno. La Dama de las Camelias, de Alejandro Dumas, se deja morir, lastrado su ánimo por la estética de moda: la muerte blanca.¹⁰ La consunción. Las hermanas Bronte, -la brillante Emili, autora de Cumbres Borrascosas- crecen a la sombra del ánimo melancólico que les provoca la convivencia con la enfermedad. Momentos de languidez se alternan con atisbos de exaltación. La enfermedad acrecienta el gusto por la vida y la sensibilidad con que las enfermas perciben el breve entorno inmediato de su enclaustramiento. A falta de otras, la lectura y la escritura son ventanas inconmensurables desde las que atisbar y elaborar la experiencia.

¿Hay acaso una excusa más noble que la enfermedad para aferrarse y justificar el encierro doméstico, el encierro de la escritura? Ellos –Keats, Chejov, Kafka, Mann- también enferman de consunción, pero invierten sus exiguas energías en ensalzar la estética de sus padecimientos, que son además óptimos al proceso creativo y a la gloria que ha de venir a continuación. Ellos no se encierran en casa, ellos viajan, habitan sanatorios de alta montaña y allí hacen amigos y amantes, tienen una intensa vida social, o simplemente, dejan que la enfermedad les consuma en un burdel, entre vapores que anegan la conciencia. Ni siquiera en la enfermedad que prologa la muerte las mujeres renegarían de ella, de la sacrosanta conciencia. Antes de partir hay que dejarlo todo bien dispuesto para los que se quedan.

2. Con un pie dentro y otro fuera.

Con todo, también ellas acabarán yéndose. ¿Qué busca la mujer que intenta abandonar el hábitat de la esfera privada? Seguramente, nada más que adquirir una cierta visibilidad. Al dar este paso, es consciente de que rompe las convenciones en las que vive y de las que vive, y de que se lanza a un vacío inexplorado, tanto como el de la tierra ignota que aventuran los libros¹¹. También es consciente de que con su gesto contribuye a quebrar la armoniosa Felicidad que la Ilustración le encargó custodiar. Al propiciar un conflicto en el seno de la sociedad, un cuerpo virtuoso cuyo estado ideal es la calma, se pone a sí misma en el punto de mira del resto de los órganos y de las articulaciones que, al moverse ella fuera del plan, se están desajustando. El ser social¹² deja de funcionar y mira hacia ella como la culpable del deterioro subsiguiente de los órganos.

La visibilidad parece pues un bien más codiciado que la propia felicidad, siendo esta posible, a juicio de los hombres, solo en el seno de un orden armonioso que distiende, hasta separarlos, el ámbito de lo público y el de lo privado. Pero, ¿no es la educación sentimental que reciben las mujeres una herramienta insuficiente para alcanzar el fin de la visibilidad? Las mujeres descubren que no, que la emoción omnipresente llega a ser un lastre si no se administra con prudencia.

Quizá también la mujer, como el hombre, aspire a algo diferente a lo que ya ha probado, algo que, por nuevo, pudiera ser inquietante. Me refiero a una porción de

prosa no hace sino reforzar la creencia vulgar en el destino castigador para aquellas que fuerzan el régimen de la complacencia al sistema de valores en el que se han educado. Alterar la determinación de la naturaleza sobre el género solo provoca desgracias.

¹⁰ Dobos, R.J.: *The White Plague. Tuberculosis, Man and Society*, Boston, Little Brown, 1953.

¹¹ Pese a que en el siglo XIX el mundo de los viajes estaba vedado a las mujeres, Alexandra David-Néel llegó sola al Tíbet, Lady Charlotte Canning a la India, Gertrude Bell fue exploradora en Oriente Medio y consejera del famosísimo Lawrence de Arabia; Isabella Bird, la primera mujer aceptada por la Real Sociedad Geográfica de Londres y otras, como la inglesa Mary Kingsley llegaron a ser autoras de los estudios de campo más importantes hasta la fecha, en este caso relativos a la entonces desconocida África Occidental. Ver: Morató, C.: *Viajeras intrépidas y aventureras*, Barcelona, Plaza y Janés, 2005. Los estudios al respecto de Morató han dado lugar a monografías varias sobre la actividad viajera de las mujeres en los distintos ámbitos de la realidad colonial decimonónica: *Las damas de oriente, grandes viajeras por los países árabes; Las reinas de África, grandes viajeras por el continente negro*, ambas en la colección del bolsillo de Plaza y Janés.

¹² Folguera, P. "Las mujeres en la Europa social". AGORA Revista de Ciencias Sociales. Valencia. 2002. 56-73 pp.

la tarta que es el conocimiento. Un nuevo dulce se ha puesto en circulación y las mujeres quieren probarlo¹³. ¿Es posible para ellas una forma de conocimiento que no sea tan solo emocional? ¿Tienen gusto las mujeres por los hábitos racionales que se interesan por la verdad? ¿Son la emoción y el conocimiento dos objetos compatibles? Amor y conocimiento, esa es la fórmula mágica de la felicidad, dirán ellas.

Concebido culturalmente como un ser emotivo cuyo caldo de cultivo, el hogar, constituye para la mujer el único espacio de certidumbre, la verdad, en tanto objeto preferente del mundo moderno, no debería ser para ella un señuelo eficaz. En el mundo en tránsito que es el origen de la contemporaneidad, las mujeres siguen apegadas a la apariencia; en la apariencias -creen los hombres- se sienten confortadas antes que en la verdad. La esencia de su experiencia femenina pasa por el control de los instrumentos que regulan el mundo de las sensaciones¹⁴, algo que -pese a haber sido infravalorado durante siglos- hoy en día se eleva al rango de inteligencia, aunque solo sea inteligencia emocional.

Quizá la mujer no haya tenido que preguntarse por la cualidad moral de sus acciones cuando estas se veían sujetas al estricto protocolo doméstico, el que venía dado por la privacidad del medio en que se desenvolvían. Es la supremacía de la inocencia la que no le permite la conciencia de sí misma. Ya que no pueden serlo con nadie más, las cuentas de ella siempre han sido con Dios, y sus interlocutores en la tierra.

Ahora bien, la fusión de las esferas expone a las mujeres a una situación para la que muy pocas están preparadas. La acción fuera de casa, la acción en el mundo -el trabajo recompensado, por ejemplo¹⁵- es una acción que comporta un régimen de moralidad cívica para el que no han sido educadas. El cientifismo, la certeza, el ser, nociones capturadas solo a partir de la conciencia del otro, son lecciones que requieren un largo aprendizaje. Primero individuo, la mujer, cada mujer en realidad, acaba descubriendo que a la fuerza tendrá que ser una pieza del engranaje, de la cadena espacio temporal que ahora llamamos mundo. Si la historia fuera un río, las mujeres entrarían en él metiendo los pies primero, a continuación el cuerpo, por último la cabeza. Algunas se quejarían de la baja temperatura del agua, y darían saltitos para entrar en calor; otras, en cambio, se limitarían a disfrutar con paciencia de neófito la progresiva tibieza del contacto.

Pero ni la historia no es un río, ni las mujeres son piedras inertes lanzan o se dejan lanzar a él por manos anónimas. Hay, como ha habido en cada elemento del proceso de cambio histórico, una conciencia activa de identificación con él que compete solo a las mujeres. El liberalismo separó las esferas pública y privada, haciendo sin embargo posible que en el seno de la primera se formase la roca intrusiva, que terminó siendo la revolución, cuyo efecto a la larga no sería otro que volver a juntarlas. Las mujeres no fueron parte del cambio, fueron el cambio, sin merma no obstante de sacralizar en la memoria la esencia de un modelo a todas luces superado, ese espacio en la esfera de lo particular que atañe a las creencias y de las representaciones, a lo sensible.

Por más que estimemos sus logros históricos, lo cierto es que las revoluciones tampoco hicieron demasiado por las mujeres. La Revolución Francesa no hizo quizá lo que ellas esperaban de ella. Las francesas, -la anónima Mme. B.B.- se encargan de escribir algunos de los Cuadernos de Quejas, y Mme. Roland formula por escrito el derecho de ciudadanía para las mujeres. Ilusionadas, todas quieren lucir la escarapela y el gorro frigio. Sin embargo, en el primer tercio del siglo XIX las leyes france-

¹³ Lindberg, D.,C.: Los inicios de la ciencia Occidental. Paidós, 2002. MOZANS, H.J., Women in Science. Cambridge, Massachusetts, MIT Press, 1974 (reed.) La mayoría de las mujeres preocupadas por la ciencia, al menos hasta bien entrado el siglo XX se *enganchan* a los trabajos ya iniciados por sus esposos. Es el caso de Marie Anne Pierrette Paulze (1758-1836), esposa de Lavoisier, que se encargaría de la publicación de sus trabajos cuando él falleció. Ver, SOLSONA Y PAIRÓ, N.: *Mujeres científicas de todos los tiempos*, Madrid, Pairó, 1997.

¹⁴ Sobre la educación sentimental, MORANT, I.: "La educación sentimental de las mujeres: una mirada desde la historia", en Cursos de Verano, Universidad de Alicante, 27 de julio de 2000.

¹⁵ Maqueira, V. y Vara, M. J.(COORD): *El trabajo de las mujeres, siglos XVI y XX*, VI Jornadas de Investigación Interdisciplinaria Sobre la Mujer, 1996.

sas les siguen exigiendo obediencia al marido, que sigue determinando el sitio en el que ella debe vivir. Como una flor plantada en un macetero, cuando ella se niega a obedecer la ley autoriza a su jardinero a recurrir a la fuerza. Quizá decida dejar de regar la maceta o quizá sencillamente opte por arrancar la flor. El divorcio, previsto por ley en tiempos de revolución, es suprimido entre 1816 y 1884¹⁶.

Para las mujeres, pues, la ciudadanía ¿es solo un mito alentador¹⁷? A la sombra del liberalismo europeo, no se resignan sin embargo a dejar de indagar los primeros espacios de significación pública¹⁸ aunque deban hacerlo desde el hogar. El mecenazgo y el apoyo permanente a la promoción de los varones se dan por descontado en los aciertos femeninos testimoniados por la historia. Las señoras son muy sociables. Pero, ¿y la Patria, y la Nación? ¿Son la patria y la nación objetos de interés adecuados para ellas?

Las mujeres patrocinan el asociacionismo femenino y fundan sociedades patrióticas, casi siempre bajo los auspicios de la religión. Ya se sabe, "religión y patria". En plena resistencia a la expansión napoleónica en Europa, los reyes impulsan el afán femenino por se parte de la Patria. De lo malo, ellas –aunque asociadas– procuran un bienestar común que, amén de conservador y hasta reaccionario, promueve la resistencia frente al invasor, que bien pudiera ser el culpable de alterar de verdad el orden de las cosas.

Es la dimensión social de la ciudadanía de la que terminan ocupándose las mujeres; de la beneficencia y la maternidad, de la organización de la educación y de la salud, campos desestimados aún por el proyecto liberal que, no obstante, acabará apropiándose a poco que ellas se descuiden. La vida cívica de las comunidades locales es fundamentalmente cosa de ellas. Ellas son las madres, las novias, las hermanas de los ciudadanos en armas contra el invasor.

En la máxima algarada del liberalismo, lo particular recrea el viejo mundo de lo privado bajo la mirada atenta de lo público, y las mujeres se apoderan de la esencia de la intrahistoria que teje sus entramados más sutiles. La justificación para este paso no es otra que la supervivencia. No puede haber ninguna otra razón de mayor peso para que ellas desafíen la fusión suprema de las dos esferas y, prudentes como son, terminen por mantener un pie en cada una de ellas, haciendo de lo particular un reino en el que la estética puede sobrepasar los márgenes de la ética. En plena acometida de las revoluciones, también hay algunas mujeres, la mayoría en realidad, a quienes deleita la imagen de sí mismas en tanto defensoras del contrato que mantiene holgadamente separados los dos espacios. No deberíamos olvidar esto último.

Los espejismos en los que se movía la mujer en el Antiguo Régimen acaban por disolverse en la materia que les da luz, cristales de espejo que devuelven a la mujer la imagen que ella misma quiere ver, en el momento en que así lo desea. La visibilidad contemporánea de la mujer le procura por fin ser observada; su imagen se distancia de la realidad en las hojas impresas que la imprenta tira sin ningún pudor: mujeres escritas, mujeres fotografiadas, en blanco y negro, en papel couché¹⁹, en colorines.

Pero, al verse observada la mujer sufre el padecimiento que comporta saberse reconocida en sus cicatrices, puntos de sutura tan mal resueltos como los de él. Ella, que ha obligado al observador a abrir el ojo, se irritará al sentirse descubierta, flaqueará en sus certidumbres que, por vez primera, son suyas de verdad. No se siente pues la mujer contemporánea una mujer más sabia, más segura de sí misma. Es ciertamente más conocedora e informada²⁰, más responsable de sí misma, autónoma y eficiente para el uso y manejo de la vida pública, además de la privada,

¹⁶ Ver Zeldin, Th. : " Le femmes", *Histoire des passions françaises; 1848-1945. Ambition et amour*. Recherches, 1978.

¹⁷ Marschall, C.: *Ciudadanía y clase social*, Madrid, Alianza, 1998. Original, en inglés, de 1950.

¹⁸ Folguera, P.: "La participación política de las mujeres" en *Construyendo la igualdad en el espacio público*. Diputación Foral de Bizkaia. 2002, pp: 59-70.

¹⁹ Roig, M.: *Mujer y prensa del siglo XVII a nuestros días*. Madrid, Mercedes Roig, 1977.

²⁰ Morant, I.: "Las mujeres en los espacios del saber ilustrado. Trayectorias y tensiones". En PASCUA, J. y Espigado, G.: *Españolas y europeas. Entre la Ilustración y el Romanticismo*, Cádiz, Universidad, Ayuntamiento de El Puerto e Instituto de la Mujer, 2003.

de la que ya era maestra. Vinculadas las dos esferas de la utopía liberal, las mujeres siguen guardando la llave del espacio privado. ¿Hasta cuando? ¿Para qué?

3. Observadoras y cuenta cuentos.

Los espacios finiseculares del tiempo contemporáneo son, por lo que a la situación femenina se refiere, complejos. En la eclosión del liberalismo decimonónico la paridad de mundos que conviven, insuficientemente juzgada como mera hipocresía, no deja de ser, además de expresión de la resistencia social a la presencia plena de las mujeres en la vida pública, el reflejo distorsionado que la impotencia de las mujeres para verse a sí mismas con un cierto perfil gratificante, genera en el observador.

Ya en los albores del siglo XX las mujeres trabajan dentro y fuera del hogar, gozan de ciertos privilegios cívicos de los que poco antes carecían, pelean en las fábricas y en la calle, hasta se dejan matar por asuntos tan poca trascendencia cotidiana como pudiera ser el voto²¹. Con todo, ellas, trabajadoras del campo y de la fábrica, artistas de la escena y de las bellas artes, enfermeras y maestras, esposas, viudas, madres, hijas... concentran su interés y su actividad en la observación.

Antes pues que sujetos de la historia, las mujeres han sido agentes de una narración que les angustia porque se saben fuera de la misma. Las mujeres rememoran²² siempre, son de hecho los principales artífices de un proceso que no tiene principio ni fin porque es la esencia de la privacidad la que da sustancia a su historia. No hay ejes cronológicos para la vida privada ni para los asuntos concernientes a la familia. Un liberalismo ampliado más allá de la dimensión estrictamente cívica propicia el surgimiento de nuevos objetos de interés ¿Se puede explorar la historia desde la experiencia y la rememoración femenina? Para hacer honor a la pregunta mediante una respuesta sensata habría que indagar en los textos escritos por mujeres, leídos por ellas, referidos a ellas.

Elas están ahí, lo han estado siempre, para mirar y transmitir, generalmente por caminos que no dejan rastro, en el tránsito de una época histórica a otra, siempre que la aparición de nuevos sistemas de costumbres altere el ritmo vital de las gentes. El gesto de la mujer que mira las acciones de los hombres es tan frecuente en la historia como resulta infrecuente la mirada posterior sobre dicho gesto. En la historia las mujeres han sido las encargadas de proteger la memoria. En realidad nadie se lo ha pedido.

Más que ninguna otra actividad humana, la narrativa, la escritura fundamentalmente, nos ayuda a relacionarnos con el pasado, lo cual es tan obvio como imprescindible. Los modos de pensar en femenino y la historia de la tergiversación expresada en los mitos sobre la naturaleza del mundo femenino están en ella, en la narrativa. En el siglo XVIII las mujeres son escritoras prolíficas de ficción y a comienzos del XIX ocupan un lugar importante en la novelística europea. Si bien la novela no goza en el Siglo de las Luces del alto status conferido a la poesía, sin embargo es altamente apreciada por las lectoras femeninas a cuenta de su particular esencia fabuladora. La fábula recrea la memoria de la que ellas tanto gustan.

Pero, cuando, en el XIX, la novela gana campo a la poesía las mujeres son relegadas en ella a la categoría de narradoras secundarias. No en vano se dice de Jane Austen que se ocupa de novelar la vida doméstica, de todas esas criaturas escasamente heroicas que pueblan la campiña inglesa con sus estados anímicos irritables; un objeto literario seguramente menor. Lo sorprendente en esta narradora no es que no haya pasado desapercibida entre otras de su época sino que en la actual obtenga el rango y consideración de sus congéneres masculinos más notables. A lo mejor descubrimos que detrás de una apariencia liviana, la escritora bucea en profundidad y lo hace tanto o mejor que cualquier autor de su tiempo, revelando

²¹ Romanelli, R. (Coord): *How did the become Voters. The History of European Franchise in Modern European Representation*. London-La Hague-Boston, 1998.

²² Ruiz- Domenech., J.E : *El despertar de las mujeres. La mirada femenina en la Edad Media*. Barcelona, Península, 1999.

asuntos que ellos no serían siquiera capaces de apuntar.

Quizá no sea desacertado evaluar de tajante el juicio que los hombres vienen teniendo acerca del papel de las mujeres en tanto agentes de la transmisión de la memoria. El criterio de las mujeres no es válido –dicen- porque ellas tergiversan, engañan al hombre, ¿qué otra cosa puede esperarse de una naturaleza mentirosa? Y si no, que se lo digan a Adán. La voz de las mujeres es –en el otro extremo- una voz incapaz por obra y gracia del estigma de la creación. Así que, bien sea por mentirosas, bien por incapaces, las mujeres no han disfrutado, ni siquiera en las épocas de una evidente emancipación, de las condiciones adecuadas que, a juicio de narradores solventes, exige la construcción del tiempo histórico. Las mujeres siguen estando acertadas en el ámbito de la ficción –defienden- un terreno más emotivo y artístico, en el cual pueden enseñorearse sin perjuicio de nadie.

Por último, hay un tercer discurso, en cierto modo redentor, que otorga a las mujeres cualidad de observadores fiables. Este es el discurso de la correcta diversidad. Las mujeres –escuchamos- poseen una psicología compleja. Y además, sus personalidades son tan variadas como las del resto de los mortales (¡Gran revelación!). Ciertamente hay mujeres cultas y refinadas, analfabetas e incluso muy brutas; elementos enamoradizos y hasta místicos, señoras depresivas y lánguidas, radicales y exaltadas, buenas mediadoras, políticas de raza y hasta mujeres capaces de vertebrar ellas solas todo un clan (estimemos a las mafiosas en este capítulo). Las mujeres pueden ser en definitiva variadas, previsibles y originales. Su memoria pues, memoria a medio camino entre lo privado y lo pública, goza de la misma cualidad, a qué negarlo, que no es poco.

Montserrat Huguet
Dpto. de Humanidades: Geografía, Historia Contemporánea y Arte.
Facultad de Humanidades, Comunicación y Documentación.
Universidad Carlos III. Madrid
huguet@hum.uc3m.es